

## INTRODUCCIÓN

La vida, a veces, se empeña en dejar tareas aplazadas. Hay libros que se escriben a su hora y otros que esperan pacientemente durante mucho más tiempo del deseado —¡y deseable!—, escondidos en un rincón de la memoria hasta que uno se atreve, por fin, a mirarlos de frente.

Este que comienza en estas páginas pertenece a los segundos. Debiera haber nacido, aun sin yo saberlo, en un cuarto pequeño de la casa de Astrana Marín 7, en Cuenca, en plena primavera de 1975, cuando mi tío Restituto Navarro Gonzalo estaba a punto de despedirse de este mundo y yo contaba con trece años. Lógicamente, aquel no era el momento. Luego, el paso de los años hizo que este se fuese demorando, o que al menos eso fuese lo que algo dentro de mí así me lo dictase en cada ocasión en que lo barajé.

### **La escena que lo cambió todo**

Una de las imágenes que llevo grabadas con fuego me devuelve a aquella habitación y a aquellos momentos; marzo de 1975. Mi tío avanzaba por el pasillo encorvado por el dolor, aferrándose a cuanto encontraba, más delgado y frágil que nunca. Me llamó con un hilo de voz: «Fernandito, súbete a esa escalera y abre esa puerta de arriba de ese armario». Obedecí y, al abrir la puerta señalada, aparecieron ante mí varias carpetas repletas de folios manuscritos, cuadernos de música amarillentos, fotocopias desvaídas. Toda una vida de estudio, de fe y de trabajo comprimida en papel... aunque esta conclusión la alcance mucho tiempo después.

Cuando le entregué lo que me había pedido añadió, con una seriedad que entonces no supe medir en su justa medida: «No dejes jamás que nadie toque estas carpetas. Son tuyas. Quiero que las guardes y que el día de mañana las leas con detenimiento». Yo, un niño que

veía que su tío cada día estaba más débil, más delgado, más cansado... más triste, pensé por un momento que deliraba al hacerme heredero de unos papeles viejos cuyo valor no alcanzaba a imaginar.

Tiempo después supe que, en aquel armario y en aquella frase, mi vida recibió una muestra más de su inquebrantable amor e indiscutible pasión.

### **Antes de la despedida**

Mucho antes de esa escena mi tío había ido trabajando en silencio conmigo mi infancia aunque, a veces pienso que, indudablemente, también mi futuro. Desde que soy capaz de recordar, cada día de la semana de los largos inviernos... o en los plácidos veranos vividos en nuestra casa de Molinos de Papel, cuando él todavía vivía y llenaba la casa con su presencia serena, el reparto de papeles era siempre el mismo: mientras mis hermanos corrían y jugaban con primos y amigos, yo pasaba las horas recluso en el piano, haciendo sin parar ejercicios interminables del método Hanon, antes de que se me permitiera rozar a Mozart, Beethoven o Clementi.

Cada mañana, cada tarde... me dolían las manos, me aburría la repetición, envidiaba las risas que escuchaba procedentes del otro lado de la puerta de la casa. Además, cuando terminaba mi tiempo de estudio, mi tío —mi chache— vigilaba cada detalle: que no jugara con piedras, que no arrancara ramas, que evitara cualquier cosa que pudiera dañar esos dedos en los que él veía, mucho antes —y mucho más— que yo, la posibilidad de un futuro. Aquella disciplina —que entonces sentí casi como una condena— fue una de las primeras formas concretas que adoptó para demostrar su amor y confianza en mí.

### **La forja de un destino**

Años después de su muerte, cuando yo ya ejercía como profesor en el conservatorio de Madrid y me matriculé en la carrera de Musicología, casi a modo de íntimo y pequeño homenaje a él, comprendí hasta qué punto aquella infancia dirigida por mi tío seguía actuando en mí.

No estaba improvisando un camino nuevo, sino vislumbrando y recorriendo la senda que él había delineado tiempo atrás: el amor por

lo antiguo, por lo vivido por otros, por los legajos del archivo catedralicio de Cuenca, por nombres como los de Aranaz, Pradas o Ripa... que aprendí a pronunciar con respeto y pasión.

Si hoy puedo atribuirme algún mínimo valor en el terreno de la música y de la investigación, sé que este hunde sus raíces en ese germen que él plantó cuando yo rondaba los cinco o seis años, cuando aún no sabía que aquellas tardes robadas al juego me estaban regalando una vocación y una ilusión. Así, llegué a la situación, hace ya no poco tiempo, de la que disfruto, la cual suelo estimar carente de esa línea que en la vida suele separar obligaciones de devociones.

### **La huella dejada en los demás**

Este libro nace también de las horas compartidas con quienes lo conocieron y trataron cuando yo apenas era un niño e incluso cuando ni siquiera había nacido. He vivido momentos de verdadera magia sentado con antiguas alumnas tuyas del colegio de las Pepas o ante seises que un día cantaron a las órdenes de su batuta, así como con familiares y amigos a los que la vida y las mismas pasiones les unieron. En todas estas situaciones ha bastado pronunciar su nombre para que sus rostros se iluminaran y sus ojos, cargados a partes iguales de emoción y nostalgia, comenzaran a brillar. Todos, sin excepción, hablaban de él como de un maestro exigente y cercano, con una mente privilegiada, de un sacerdote entregado, de un trabajador incansable. Pero, sobre todo, repetían la misma expresión, una y otra vez, como si fuera la única que de verdad importara: «don Restituto fue una buena persona». En esas tertulias, aderezadas con un café o una simple botella de agua, al escuchar sus anécdotas, entendí que mi tío había dejado en ellos algo más hondo que conocimientos: les había transmitido una forma de mirar al otro con respeto, con acogida y con una generosidad casi desbordante.

### **Una envidia que es gratitud**

Mientras escribía estas páginas, en infinidad de ocasiones me he preguntado cuántos de nosotros desearíamos, cuando ya no este-mos, que nuestros alumnos, nuestros amigos, nuestros familiares, quienes compartieron con nosotros un tramo de nuestro camino, resu-mieran nuestra existencia con la misma sencillez con la que ahora, y

siempre, he oído hablar de él: «era una persona buena, íntegro, con valores, con principios». Confieso que envidio a mi tío. Me gustaría que algún día alguien pudiera recordarme con la décima parte de la gratitud y del cariño que él sigue despertando más de medio siglo después de haber fallecido. Porque su vida, lejos de diluirse en el anonimato, continúa viva en las partituras que estudió, en las composiciones que rescató del polvo que atesoraban desde mucho tiempo atrás, pero sobre todo en la memoria de quienes se sabían queridos por él y, sobre todo, en este sobrino que todavía siente su mano, firme y cariñosa, guiando decisiones importantes.

### **El sentido de este libro**

Las páginas que siguen son, al mismo tiempo, ejercicio de memoria, gesto de justicia y acto de amor. Quieren contar, con el rigor que el paso del tiempo, la justa presencia de documentación vital y el peso de la emoción permitan, la trayectoria del sacerdote, del maestro de capilla, del investigador que dedicó una parte de su vida, entre a otras empresas dignas de elogio, a desenterrar del olvido la música de otros y a ponerla de nuevo al servicio de la liturgia y de la belleza. Pero, más allá de los datos, este texto aspira a agradecer sus desvelos y sueños a don Restituto Navarro Gonzalo, a don Resti, a mi chache, al hombre que supo ver en un niño pequeño una posibilidad y decidió apostar por ella aun a costa de renunciar él mismo a ratos de descanso, de ocio, de vida.

No puedo contener el peso del remordimiento que me carcome, del dolor que jamás podré justificar ni expiar: el de que este libro no llegara nunca a reposar entre las manos de mi madre. Estoy seguro de que ella, mi madre y sobrina devota de mi tío, fue la persona que más amor hizo posible que anidase en el corazón de mi tío, amor que le demostró en vida hasta su último aliento y que pervivió en ella hasta su fallecimiento en 2015. Ella merecía ser la primera en acariciarlo, en devorar sus páginas —seguro que con lágrimas en los ojos—, en sentir palpitar su legado como un latido final dedicado muy especialmente a ella. Pero yo, con mi torpe demora y mi imperdonable negligencia, le negué ese consuelo, ese abrazo póstumo que su sacrificio inquebrantable se ganó más que nadie en este mundo.

## **Gratitud**

Doy gracias por haber conocido, tratado y gozado del afecto de mi tío, de su atención, de su magisterio y de su bondad, por haber tenido tan cerca a alguien que, antes que trabajador y erudito, fue íntegro, coherente y profundamente humano. Si estas páginas logran arrancar en el lector una emoción, aunque sea remotamente parecida a la que despierta su recuerdo en quienes lo trataron, habrá justificado otra razón de su existencia. Porque, por encima de responsabilidades y reconocimientos, mi tío fue, sencillamente, una buena y gran persona, algo a lo que no todo el mundo puede en su vida, y más por méritos propios, aspirar.